

SAUL TABORDA

INVESTIGACIONES

PEDAGÓGICAS

ATENEO FILOSÓFICO DE CÓRDOBA

EDITORIAL ASSANDRI DEÁN FUNES 61

Córdoba (Argentina) – 1951

Tomo primero

LA REALIDAD PEDAGÓGICA

IV - EL NIÑO Y LA FAMILIA EN LA LITERATURA CONTEMPORANEA

Les enfants : Mais nous voudrions tant regarder le chemin.

Les maîtres : C'est inutile. Nous allons vous le raconter. Lisez ! Lisez ! “Quand Annibal passa les Alpes...”

Les enfants : Et nous, et nous quelles montagnes passerons nous ?

Les maîtres : Il ne s'agit pas de vous. Lisez : “Quand Annibal...”

Les enfants : Mais non ! Mais non ! Quand donc s'agira-t-il de nous ?

Romain Rolland, *Liluli*.

1.

¿Cuándo? ¿Cuándo se tratará de vosotros? Ahora mismo, en este preciso momento. El pasado, todo el pasado que a nuestras espaldas se va hundiendo *la dove il Sol tace*, conoció una pedagogía de hombres y ciudadanos : el movimiento juvenil – acabamos de verlo – anuncia ahora el advenimiento de una pedagogía de niños.

Voces venidas de todas las latitudes del espíritu hablan de esta novedad. Llenas de sus resonancias están las fuerzas que desde lo íntimo de la vida empujan los gérmenes del orden que nace.

Antes que el espíritu juvenil irrumpiera proponiendo su grave interrogante, la reflexión del hombre de ciencia y del pensador y la creación del artista habían tocado las riberas del continente que ahora se ofrece a la nueva esperanza y lo exploraban con promisoría dedicación.

Lleno de los pretensiosos derechos del hombre y del ciudadano, el pensamiento del siglo que se había aferrado con ahínco a cuestionar la suerte del adulto, en el largo y abstruso debate entre el optimismo económico y las concepciones morales del mundo, ha necesitado recorrer un largo camino jalonado por ensayos y búsquedas infructuosos para percatarse de esta entidad relegada a término secundario con una ligereza injustificable. La pedagogía que, según la frase de Farinelli, concentró siempre todo su esfuerzo en despojar al niño de su niñez, aprende ahora, gracias a la labor de una biología reciente, que la niñez no desaparece sino que perdura en el hombre, y le rige, y le traza, acaso, las direcciones todas de su existencia, y confirma así lo que ya había columbrado la sensibilidad henchida de un Pestalozzi, de un Juan Pablo y de un Juan Jacobo.

2.

Y como el niño no viene por generación espontánea ni crece solo y aislado, como un Robinson en su isla, el pensamiento pedagógico lleva también su curiosidad y su examen al propio ambiente en el que la niñez actúa y se desenvuelve – familia, escuela, comunidades enseñantes – para revisar con nuevo sentido instituciones que hasta ayer sólo le interesaban por lo que representan y significan desde el punto de vista jurídico y político.

Al tiempo que las investigaciones científicas radican en la puericia el centro primigenio de la vida consciente y lo señalan a las tareas docentes, ese pensamiento se adentra con eficacia en este nuevo, y rico filón de la realidad. En procura de su clave, pisa ya con pie seguro el paisaje hasta ayer desconocido y lo explora en sus más recónditos meandros. Gracias a esta actitud, eso que habitualmente constituía un punto de incidental referencia, una vaga alusión en el drama íntimo de adultos, es ahora un enfoque de capital importancia. Para captar sus notas esenciales recurre a los productos que le ofrece con mano pródiga el gran arte porque, con recursos más adecuados a la penetración de las intimidades del alma que los que emplea el hombre de ciencia, los novelistas, los poetas y los dramaturgos han acopiado ya un extraordinario caudal de observaciones y de intuiciones que alumbran los más profundos estratos de la psicología del niño.

La incorporación de este nuevo sujeto – el niño – a las creaciones literarias no es un hecho circunscripto a determinados países ; es un hecho que se advierte ya en las obras de escritores de todas las latitudes. Y la mayor ventaja que ofrece esta nueva literatura para quien quiera estudiar, a través de ella, el alma infantil y el valor docente de las instituciones en cuyo seno se desarrolla la infancia es la de que, por lo común, ella no se propone tesis preconcebidas ni se refiere precisamente a la crítica de dichas instituciones, sino que sólo alude al trabajo propio del espíritu pueril, con lo cual sus productos se acreditan como puros documentos humanos. Nada permite apreciar tan objetivamente la familia en su función pedagógica como las obras de escritores que sólo se han querido concretar a exponernos las reacciones que el espíritu naciente acusa y expresa bajo las cotidianas excitaciones domésticas. Quieren ser la psicología del niño y resultan al cabo el análisis de una institución. Es un pedagogo y filósofo, Rudolf Lehmann, quien reconoce la influencia que han tenido, en Alemania, en orden a la valoración de la familia y de la escuela, las novelas *Unterm Rad*, de Hesse, *Freund Hein*, de Straus, y *Buddenbrook*, de Tomás Mann¹

¹ En *Unterm Rad*, de Hesse, la figura de Joseph Siebenrath está diseñada como un elemento del mundo circundante de su hijo, el estudiante Hans Siebenrath, protagonista de la obra. Pequeño burgués, sano y robusto, respetuoso de la Iglesia y de la autoridad, que vive entregado con pasión a sus tareas comerciales, que ama el dinero, que lleva una vida regular y que no sobresale por ningún rasgo eminente de entre sus conciudadanos, es un padre como tantos otros, como todos los que envían sus hijos al liceo o al seminario de Maulbron en cuya uniformidad docente, grisácea y monótona, discurren las múltiples y diversas estructuras espirituales de los aspirantes teólogos. Hogar y seminario son, para Hesse, matices de un mismo paisaje mental, el paisaje de la organización en vigencia en Occidente. El mundo en formación que es Hans Siebenrath, es sometido a los principios procústeos de ese orden, y, como sus calidades selectas no se avienen a ellos – tal también el caso de su compañero, el estudiante Hermann Heiler, espíritu tocado por el demonio del arte –, pronto parece sacrificado por los engranajes de la máquina docente. Drama íntimo, cuyo proceso se desarrolla silenciosamente en una penumbra que el autor devela con eximia maestría, constituye el fino análisis de una estructura maltratada e incomprensible por el sistema educativo intelectualista que roba al niño su niñez y desea la fuente de sus sentimientos. Sistema educativo que, según lo dice un personaje del libro, tiene por misión coger la infancia, que es como torrente o como selva virgen, y limitarla por la fuerza, matando en ella al hombre natural de conformidad a las exigencias de la autoridad y de la utilidad social.

Mientras en *Unterm Rad* la acción se refiere directamente a la estructura psicológica total del protagonista, acusando la deformación que le hacen sufrir las comunidades enseñantes, en el libro *En croix*, de André Harlaire, recientemente editado por "Le Roseau d'or", asistimos, a través de un drama juvenil, a la descomposición del hogar. A la descomposición del hogar francés republicano ; porque, para el evidente *parti pris* de Harlaire, es ese hogar y no el cristiano tradicionalista el que hoy sufre las influencias destructoras espirituales de los aspirantes teólogos. Las estructuras psicológicas juveniles que nos ofrece son convencionales. tan convencionales que sería tarea muy simple la de poner de relieve los artificios de que se vale el autor, si no fuese que, como ya lo habrá advertido el lector avisado turas psíquicas que discurren en la literatura que traemos a colación. Con todo, se trata de personajes de mucha vitalidad. Actúan en la atmósfera común que envuelve a todas las actuales organizaciones domésticas y no basta el designio de un escritor que se singulariza con el tipo familiar favorecido por las ideas republicanas para demostrar que es sólo ese tipo el que se encuentra en falencia. M. Casimir Lagrave, el padre de Remi, el joven comunista, insurgido contra la autoridad de sus mayores, pueda decir que el

Pero no nos detengamos en la literatura alemana. Desde Goethe, desde las creaciones eternas de *Wilhelm Meister* y *Hermann und Dorothea* la literatura alemana se inclina, no siempre con espontaneidad y sin *Schablone*, a abordar el tema de la niñez. Razones obvias nos invitan a preferir, en las consideraciones que siguen, obras que están ya como incorporadas al acervo nativo y que son familiares a nuestro público. Por lo demás, para nuestro propósito, vale tanto *Poil de Carotte*, la penetrante novela de Jules Renard, como *Jórn UN*, el denso y humano drama de Frenssen.

3.

Jules Renard, uno de los más agudos buceadores del alma infantil, de estos últimos tiempos, narra, en *Poil de Carotte*, la historia de un niño, el hijo menor de un matrimonio francés pequeño-burgués. Historia gris, ingenua, sin accidentes externos, pero rica en perfiles que van acusando líneas definitivas a medida que las va iluminando la conciencia de toda una época. Poil de Carotte, el protagonista, comienza soportando dolores físicos, el del miedo a que es sometido a designio, en las noches; el del miedo que es el sentimiento que se halla a la base de nuestra existencia, y debe concluir soportando traumatismos morales de esos que sufren todos los niños mal protegidos y que, con frecuencia, ocasionan la falla íntima de toda una vida.

En el paisaje monótono y uniforme en que transcurre la puericia de Poil de Carotte, no ocurre nada de extraordinario ; personas y cosas poseen el mismo matiz. La feroz mezquindad de la madre es la regla común. Es la que da fisonomía a aquella vida apagada y manida. El afecto y las simpatías se ahorran y escatiman como el dinero en el arca. Acaso Honorina, sí, Honorina, la rústica que ha llegado a la senectud al servicio de los amos, los señores Lepic, sea la única que alguna vez ha tenido una palabra cordial para Poil de Carotte. Poil de Carotte debe tener por ella, a lo menos, el cariño agradecido que tenemos por el perro que guarda nuestro reposo. Pero un día, el ojo avizor del ama descubre que las fuerzas físicas de Honorina decaen visiblemente.

hogar que ha fundado se apoya en la "fuerte y sana educación laica" alimentada por las fuentes vitales de Francia; pero con eso no hace más que pronunciar pasivamente el alegato con que Harlaire aboga por su propia concepción del mundo. El libro entero es un enjuiciamiento. Como tal es más la obra de un militante que la de un novelista. Su réplica está en la obra de Hesse, de Hesse que es novelista a carta cabal. ¿A cuál preferir ? No es caso de preferir, porque las dos nos ofrecen documentos de gran valer para la constatación de la crisis en que se debate la familia y los principios que le sirven de apoyatura.

Ya no es tan fuerte como cuando moza para el trabajo, y comienza a ser una carga. Honorina alega su idoneidad y se ahinca más que nunca en las labores acostumbradas; pero eso no basta. La sed de ahorro de la señora Lepic la ha hecho previsora. Aun cuando la criada sea fuerte todavía, no tardará en perder todas las energías. Es necesario deshacerse de ella con tiempo. Poil de Carotte comprende el propósito. Va descubriendo, día a día, la inferioridad moral de la madre y no osa rebelarse porque se sabe de antemano vencido y menospreciado. El designio materno es cruel e inhumano, pero todo aconseja acallar la protesta del corazón y someterse a la tiranía imperante. Una fuerza oscura, un renunciamiento preparado paulatinamente por los episodios domésticos diarios del egoísmo que rige la vida toda de la familia, una dolorosa abdicación de su nobleza naciente, incomprendida y ridiculizada por todos, una quiebra interna que alguna vez le empujará al suicidio mismo, arrastra a Poil de Carotte a una espontánea complicidad en el propósito infamante de la señora Lepic. Él mismo servirá de instrumento en la maquinación preparada : la pérdida del cacharro, que será también la pérdida de Honorina. Pero todavía, cuando la anciana expulsada abandona llorando la casa en la cual ha dejado las mejores energías de su mocedad, Poil de Carotte va a tener un gesto, va a hablar, va a gritar, va a confesar su delito, cuando una mirada fría y acerada de la madre le apaga en su garganta la voz indignada. ¿Hablar ? ¿Y para qué ? Honorina se aleja, y él, asistiendo al morir de sus propios impulsos, queda ahí "como un instrumento de justicia del cual ya no se necesita". Simple el episodio. Simple, sobre todo, para los paladares acostumbrados a lo truculento; simple, como todo lo restante del libro – los primeros ensayos amorosos, las impresiones de la escuela, el nacer de las ambiciones –, pero qué hondos relieves adquiere de pronto cuando se piensa que son accidentes como éste los que marcan con sello indeleble la fisonomía de un niño y de un hombre. ¡Cuántos casos como el de Honorina no presencian a diario los niños de nuestros hogares, asistiendo al íntimo troncharse de las imágenes elevadas y heroicas con que la leyenda pueril puebla el mundo que les rodea !

Otro libro de larga resonancia, el *Juan Cristóbal*, de Romain Rolland, nos ofrece un caso semejante al de *Poil de Carotte*. Juan Cristóbal, "universo en formación", ha nacido de un matrimonio desigual, de una desigualdad de clase, de educación y de caracteres, cuya persistencia ahonda cada día más y más el abismo que separa a sus progenitores. En una atmósfera de perpetua discordia, sufriendo el dolor que seres y

cosas proporcionan al entendimiento obscuro e impreciso del niño, de suyo sujeto a sus propios fantasmas, animado a momentos por el amor de la madre cuya ternura estimula sus energías latentes, fluctuando de continuo entre sentimientos contradictorios, juguete de sensaciones de ordinario penosas y tristes, se va formando el ser ilimitado de Juan Cristóbal. Su espíritu se puebla de leyendas y fantasías; las historias que le narra el abuelo – “el abuelo y el nieto eran igualmente niños” – , le llenan de nociones de honor, de dignidad y de heroísmo. La vida se le presenta con un sello de admirable grandeza. Pero de golpe, una escena trivial le revela que en la realidad las cosas no pasan en la forma que las forjan los sueños de la niñez. Un día que ha ido a buscar a la madre a una casa que le era desconocida, advierte que ella, lejos de ser la matrona que él ha creído en todo momento, es una doméstica a sueldo de ricos señores. Su orgullo herido comprueba, a la vez, que su progenitora carece de las altas calidades con que la ha adornado su fantasía y su sentido de la dignidad, y que en el mundo hay dos clases diferenciadas por la riqueza: la una, que manda; que obedece, la otra. Las cosas no paran aquí. Conducido a presencia de los niños ricos, Juan Cristóbal llega a saber también que la ropa que viste es la que la munificencia del ama ha sacado del guardarropa de uno de sus hijos para aliviar la pobreza de su doméstica. Corrido y avergonzado, no sabe qué decir al niño rico que reconoce sus prendas y que se mofa de su pobreza. Es demasiado. Quisiera que le tragara la tierra en aquel instante. Los niños ricos colman su embarazo vejándole con crueldad. Le someten a pruebas impracticables y; sobre ello, le abofetean y se burlan de su torpeza. Comprende que le desprecian, y una pena amarga destroza su corazón. Su infinita ternura sufre porque no encuentra motivo que justifique la crueldad con que se le trata. **"No hay dolor más acerbo – dice Rolland – que el del niño que descubre por primera vez la perversidad de los demás"**. Y Juan Cristóbal, que acaba de conocerla en trance tan rudo, ve agudizarse su crisis moral cuando, a raíz de todo esto, sus propios padres, aquellos de quienes espera el desagravio que reclama la ofensa, le dan de azotes porque ha repelido violentamente la agresión de los niños ricos y ha provocado con ello el disgusto de los amos. Es aquel el derrumbe de su mundo moral. "Empezaba a perderlo todo : su admiración hacia los suyos, el respeto religioso que le inspiraban, su confianza en la vida, la cándida necesidad que tenía de amar a los otros y de ser amado." Conoció la injusticia; la huella de este dolor inicial no se le borrará nunca más. Bien vistas las cosas, en todo el

posterior desarrollo de su biografía, tan bella por su forma y tan rica de contenido, palpita y se estremece esta primera crisis de un alma violada por la incomprensión y la ceguera de las gentes. Este pasaje de *Juan Cristóbal* trae a la memoria el recuerdo de *Sebastián Roch*, la creación en que Octavio Mirbeau intentó un análisis y una requisitoria de la educación jesuítica.

La vanidad de Hipólito Roch, oscuro y adinerado quincallero de Pervenchéres, ha querido que Sebastián ingrese al famoso colegio de "San Francisco Javier", en Vannes, la pintoresca villa bretona, donde, allá por el año 1862, recibiera educación religiosa y mundana la niñez de la nobleza de los países católicos europeos. Sebastián Roch, niño robusto y sano en cuyo cuerpo retozan con plenitud las fuerzas libres de la naturaleza y en cuya virgen inteligencia no ha entrado rudimento de conocimiento alguno, está ya encerrado en el colegio de Vannes. Lo primero con que topa son las desigualdades sociales: aprende que hay nobles y plebeyos y que los nobles son insolentes y crueles. Ante la burla y la befa de sus compañeros aristócratas sufre terriblemente la humillación de su obscuro linaje de trabajadores. Precísase en su mente la idea de que el trabajo es indigno y de que sólo tiene decoro el ocio y la actividad militar que, a su modo, es también una holganza que todos pagan. Así, pues, es su padre quien tiene la culpa de aquel escarnio de que es objeto por aquellos niños de alma endurecida por el prejuicio.

Nadie acude en su ayuda en el trance amargo; los propios maestros se desentienden con cómplices actitudes y abandonan aquel tierno corazón que sufre y se desespera en aquel dantesco yermo de almas. Mirbeau no se concreta a la descripción de la escena; necesita juzgar a la institución. "*Los colegios son mundos en pequeño – escribe –. Encierran, reducidos a su pequeña expresión, idénticas pasiones, análogas tiranías, las mismas desigualdades que las sociedades más despóticamente constituidas. Iguales injusticias y cobardías presiden cuando se escogen los ídolos que cuando se escogen los mártires.*" Los propios jesuitas fomentan el prejuicio de castas, la necesidad de una disciplina autoritaria, el ciego respeto al culto jerárquico. Sebastián lo comprende en seguida, y asiste, de repente, al nacer en el fondo de su corazón, de sentimientos negativos; el menosprecio de los suyos, el rencor y el odio a los otros, como en la primera crisis de Juan Cristóbal.

La rigidez estúpida de estudios absurdos le contraría y le repugna. La disciplina tiránica acentúa su animadversión contra sus maestros y ésto hace nacer sobre él el calificativo de perezoso (niño retardado, dirían algunos corifeos de la pedagogía científica). Como Juan Cristóbal, necesita depositar en alguien toda su ternura, necesita apoyarse en algún afecto que le proteja de la ruda hostilidad que le agrede. En el niño la admiración es una necesidad imperiosa. Observa, escruta, inquiere siempre con el tesón de los ojos sin sueño. Todos los días espera encontrar algo superior a si mismo. Su propia debilidad abdica en lo que más fuerte y más noble, y así sostiene el niño, con esta admiración mezcla de amor desinteresado y de egoísmo, su personalidad en formación. Juan Cristóbal se empeña en olvidar los defectos que ha ido descubriendo en la conducta de su padre, busca, fragúa razones para convencerse de que se ha equivocado al juzgarle mal y de que es un hombre digno de ser respetado. Una sutil iniciación de hipocresía se desliza en estos esfuerzos mediante los cuales su personalidad busca apoyatura a su crecimiento. Necesita creer que su padre es un héroe y llega a creerlo en fuerza de insistir. Le venera, y se venera en el modelo. Le veneraría siempre si una vez no le viera rodar ebrio, hipante y vinoso por el pavimento. ¡ Qué nuevo derrumbe del piadoso engaño construido por sus anhelos ! Otro quiste incurable se incrusta para siempre en el fondo de su alma.

Ninguna desilusión, empero, es bastante para ahogar la fuerza secreta y extraña que le anima y que le hace aún más deseable la vida en medio de los contrastes. La voluntad de vivir y de ser fuerte para vengarse de los malvados, para castigar a los injustos, gana terreno y se afirma tanto en Juan Cristóbal como en Sebastián. En ambos también el hallazgo del arte salva sus calidades selectas. Descubren la música, sienten en sus labias sedientos el sabor de lo divino, y corren a guardar en su misterio el tesoro de alma que todavía conservan. Los sufrimientos de Sebastián, los castigos corporales, la privación de los paseos, las dietas prolongadas, el vejamen y la befa no hacen más que acentuar su obstinación frente a la disciplina que le asedia como a una fiera. Su fina sensibilidad se exalta en el duelo y le empuja al arte como a una puerta de salvación. Apenas conoce, o entrevé, ese mundo, su pasión se desborda en él con el ímpetu de un torrente. El amor que ahora siente por los seres y por las cosas, no tiene límites. Ha descubierto un cielo y se considera feliz. Sólo que a poco andar había de venir a cortar

el vuelo de su creación el atentado ignominioso, la abyecta concupiscencia del fraile cachondo.

El sendero a Hassler, el músico, y ese encuentro será para su destino el camino de Damasco. En violento contraste con la incompreensión a que le tienen acostumbrado en todas partes, en el hogar, en la escuela, en el pueblo, el beso de Hassler toca el secreto hontar de su alma como la varita de la leyenda y hace brotar, más puros, más vivos – más dichoso que Sebastián, Juan Cristóbal encontrará en su que nunca –, sus esperanzas y sus ensueños. Una embriaguez de amor infinita puebla su mundo. Es la ternura del corazón generoso la que posee la clave de la niñez y sólo ella puede hacer fecundos el sano consejo y los ejemplos vivos de la conducta honorable y del heroísmo moral. Mientras escribo estas líneas flota en mi recuerdo la diáfana imagen del hombre bueno que conoció mi niñez en un día de soledad. El hombre generoso posó sus manos sobre mis sienes y me dijo una palabra, una sola, la dulce, la santa, la inolvidable, la que acaso mueve mi voluntad cuando brego por ideales que me son caros, la que excita y afiebra mi pulso cuando quiero salvar a la niñez de manos de los bachilleres que la malogran. ¡Supiera el amigo ausente que es él el que lucha, acá abajo, desde el reino de las sombras eternas ! En la vida de todo hombre perdura, enérgico, activo, pleno de vitalidad el rasgo superior que el niño descubrió en la conducta de sus mayores. Con razón decía Goethe que sólo aprendemos de aquellos a quienes amamos.

4.

El teatro de estos últimos tiempos ha planteado también con un vigor extraordinario el problema de la sexualidad en sus relaciones con la docencia. Los principales protagonistas de *Despertar de Primavera*, de Wedekind, inician el drama proponiendo cuestiones eróticas de aquellas que traen consigo la aparición de la pubertad. Wendla, Mauricio y Melchor – se llaman así los protagonistas –, educandos de un gimnasio alemán, siéntense acuciados por inquietudes sexuales. El misterio amoroso fascina a los tres. Quieren conocer el secreto, y sus interrogantes no encuentran más que un obstinado silencio. Un ambiente de hipocresía oculta a sus ojos la naturaleza del instinto genético. Faltos de la asistencia necesaria para sobrepasar la crisis que les nomina, sucumben víctimas de la ignorancia calculada a que los conduce la educación

imperante: Mauricio se suicida, Wendla muere a consecuencia de una maternidad mutilada y Melchor carga con el anatema de la perversión y del crimen.

Conocido el suicidio, reúne el consejo de profesores. El consejo estudia el caso y decide expulsar a Melchor, delatado como el responsable del hecho por un cuaderno de anotaciones sexuales encontrado entre los papeles del suicida. Es una resolución de evidente injusticia, todos lo saben; pero una razón poderosa exige el sacrificio del inocente; hay que evitar, en lo sucesivo, que catástrofes de este calibre acontezcan en un establecimiento educacional. Es una razón de Estado. La moral ante todo. No por otro motivo, los jesuitas de Vannes expulsaron a Sebastián Roch, mancillado por el crimen del padre Kern.

Era en el tiempo, no distante todavía, en que una verdadera epidemia de suicidios azotaba los colegios alemanes. Los maestros de Melchor, lejos de indagar las causas profundas de aquel mal, sólo se apresuraron a asegurarse con una socorrida torpeza del riesgo de la clausura del establecimiento, medida corriente en aquel entonces, en casos análogos. La propia seguridad es lo que les importa. Que ellos vivan y medren aunque sucumba toda noción de justicia. ¿ No fue este obstinado sentimiento de conservación uno de los obstáculos más serios con que tropezó el movimiento reformista argentino ? Los intereses creados son universales y no son más sueltos de mano en nuestro país que en Alemania, o en cualquiera otra parte del mundo. Bien vistas las cosas, lo que más interesa a la docencia en vigor es la preservación de las instituciones como renglones de presupuesto y no como funciones de cultura. Si ellas están sobrepasadas, pueden subsistir todavía con puntales y rodrgones de fuerza. Simples y meras cosas que sobreviven al contenido, nada pueden ya decir del amoroso conocimiento y cuidado del alma infantil y de la difícil y paciente fermentación de sus fuerzas. Wendla pudo ser una madre feliz ; Mauricio pudo practicar sin tropiezos una noble existencia; Melchor pudo lograrse como hombre completo; pero para todo eso hubiera sido menester que padres y maestros les comprendieran y asistieran como mentores y guías. Mientras tanto los jueces de Melchor que es el único que puede ser castigado porque es el único que sobrevive en la tragedia escolar, sólo se afanan en escogitar el castigo que le han de infligir. Wedekind narra este pasaje con una ironía inmisericorde: la deliberación del cónclave magistral se concreta a resolver si una ventana de la sala del consejo ha de permanecer abierta o cerrada... ¿ Qué otra cosa es la

pedagogía al uso, sino la ciencia que se ocupa de saber si una ventana ha de estar abierta o cerrada ? Inútil la defensa que intenta Melchor. El reo debe guardar el silencio y el respeto debidos a la autoridad y medir para sí la extensión de su desventura porque ya está condenado de antemano por la economía de sus maestros.

Ante la tumba de Mauricio epilogan el drama, los prejuicios y las mentiras sociales que forman ambiente a la escuela y a la familia. El pastor exalta su moral religiosa y condena con la triple muerte espiritual, natural y eterna al que, condenado ya por la carne, renunció a la gracia divina y arrojó lejos de sí la cruz del Salvador. El padre del suicida niega su paternidad para ponerse a cubierto de las consecuencias morales del crimen. El rector Sonnenstich, a su vez, aprovecha la coyuntura para deducir del suicidio una prueba de la existencia del mundo moral; pues aquel acto "ahorra al orden moral el trabajo de pronunciar su fallo y confirma de este modo su propia existencia". Cuanto al padre de Melchor, ha resuelto encerrar a su hijo en la cárcel correccional... Tarea interminable, tarea que exigiría densos volúmenes, sería la de examinar todas las obras literarias que se refieren a la niñez. Tan vasta y copiosa es su bibliografía. Aún en aquellas creaciones en las que el autor toma como protagonista a hombres formados, necesita referirse de continuo al estadio pueril para iluminar su vida interior. Desde *Cuore*, la obra cargada de sentimiento de De Amicis, el arte no ha cesado de enriquecer la bibliografía universal con el novísimo tema. Tolstoy, Gorki, Charles-Louis Philippe, Francis Jammes, Bourget y tantos otros continuadores de la tradición de Stendhal Flaubert, Dickens, Storm, Unamuno, Baroja, el autor de la truculenta *Sexualidad pervertida*, Pérez de Ayala, el autor de "A. M. G. D." por cuyas páginas se tamiza la enseñanza jesuítica y discurre ya la psicología de Alberto Guzmán de La Patade la Raposa, personaje a veces ininteligible, a cuya ausencia de niñez atribuye su creador, en un pasaje de escaso relieve, "aquella su ternura enfermiza por los seres y las cosas, aquel inquirir sin plan y sin fiebre y aquel flotar de toda su vida" que tan fielmente diseña la fisonomía de la mocedad de estos tiempos, como estos tiempos, solicitada, a su vez, por la ética tradicional y el amoralismo presente. Las cuatro obras que he escogido para estas consideraciones ofrecen ya bastantes elementos de juicio para apreciar la aptitud de las instituciones eclesiásticas y laicas, y aún de la familia, para cuidar de la vida pueril.

No es por extraña y casual coincidencia el que todas estas instituciones salgan real paradas de la atenta lectura de dichas creaciones. Los seres maduros que discurren por sus páginas no son seres malos. A lo menos, los autores no se han propuesto presentarlos como malvados. Más todavía: en la mayoría de los casos, son seres de plano secundario en la labor de novelistas y dramaturgos, y muchos, los que aquí, "desde la pedagogía", nos interesan en este momento, desfilan apenas perfilados en la discreta penumbra clareada por el vago resplandor de una referencia o una reflexión formulada al pasar. Tal acontecer con el padre de Melchor, en el drama de Wedekind. El padre de Melchor es jurista y, como jurista que es, en presencia del suicidio de Mauricio, sólo se le ocurre pensar que su hijo está afectado de "locura moral", por lo que, consiguientemente, lo que corresponde hacer es internarlo en una cárcel correccional para que adquiera "principios". No ha necesitado aparecer en escena más de una vez este tipo ejemplar de padre para cobrar el relieve que tiene en la realidad : jurista, nada más que jurista embrutecido por una disciplina unilateral.

No son seres malos, repito. Los padres de Juan Cristóbal están lejos de serlo. No lo son tampoco los de Poil de Carotte y el padre de Sebastián Roch. Abundan en las obras mencionadas pasajes en los que el cariño paterno quiere expresarse, pugnando por romper la costra de cosas manidas que lo aprisiona y ahoga. De todos ellos podemos decir lo que dice Romain Rolland del progenitor de Juan Cristóbal : *"No era en realidad un mal hombre sino un hombre bueno a medias, lo cual es talvez peor."* Pero de todos modos, son hombres que carecen de la responsabilidad inherente a una alta concepción de la paternidad. Indiferentes a la suerte de sus hijos, abdican su misión espiritual en el primero que llega : un maestruelo, un fraile cachondo, una institutriz. Monsieur Lepic, el hombre burgués que hace de padre de Poil de Carotte, vive desentendido de su hijo; el jurista que hace de padre de Melchor ha dejado siempre a su mujer la crianza del suyo; el músico fracasado que hace de padre de Juan Cristóbal sólo tiene para éste el ejemplo de sus vicios; José Hipólito Roch nunca se interesó seriamente por el destino de su hijo. Este último constituye uno de los tipos más comunes de padres.

Mirbeau, escritor combativo y revolucionario, sólo se propuso, en su obra, poner al desnudo los defectos de la educación con la que los jesuitas aspiran a apoderarse del mundo, y sin embargo nos ha dejado, al mismo tiempo, esta figura de padre sobre la cual conviene al mismo tiempo reclamar una cuidadosa atención. No son malos del todo

; son padres que, como dice Wyneken, no aman la juventud en sus niños. Entregado por entero a las actividades de su comercio, José Hipólito Roch ha dejado crecer a su hijo, falto, desde el nacimiento, de los cuidados maternos, en un total abandono. Los momentos que los negocios le dejan libre, momentos que aumentan en la medida que aquellos prosperan, los emplea en pronunciar discursos a los parroquianos, buscando así exornar su persona, ya favorecida por la fortuna, con los prestigios de su versación en asuntos sociales, propósito que consigue sin gran esfuerzo en un medio de escasa cultura. Su vanidad se hincha día tras día al calor de la adulación lugareña. Es éste el instante en que se acuerda de que tiene un hijo, el hijo que ha crecido como una fuerza sin norte. Es todo un hallazgo el que acaba de hacer. Tras cálculos pecuniarios, rigurosamente verificados, como si se tratase del negocio más arriesgado, decide enviarle al colegio. ¿ Qué cambio es que se ha operado tan súbitamente en aquel espíritu superior ? ¿ Es que le ha nacido, por fin, el sentido de la responsabilidad ? Nada de eso. Sebastián irá al colegio, al colegio de Vannes, y no a otro, porque el rico José Hipólito aspira a codearse con la nobleza. En rigor, no es su hijo, el continuador de su nombre, el que le interesa; lo que le interesa es su propia persona, la persona limitada y mortal de José Hipólito Roch, quincallero de Pervenchéres. La suerte de Sebastián, la salud de su espíritu, el valor de la enseñanza jesuítica, son cosas que ceden en importancia a la importancia que cobrará José Hipólito en la sociedad a la cual se vinculará con sólo enviar a su hijo al colegio de la nobleza. Sin embargo, para el común de las gentes, la actitud de José Hipólito le acreditará como padre excelente, como padre abnegado que no escatima ni dinero ni desvelos para que su hijo adquiriera una educación esmerada.

5.

Abstráigase la imagen de Vannes y de la enseñanza confesional, que para Mirbeau constituye el objeto central de su requisitoria, y se observará con qué acentuado relieve surge en nuestro espíritu el paisaje de la realidad argentina. La figura de José Hipólito Roch es ya un tipo universalizado por la industria, por el comercio, por múltiples causas. Ha rebasado el campo estrecho y limitado de Pervenchéres. Ha emigrado a América y despliega aquí sus actividades con una perseverancia conquistadora que le llena la bolsa de oro y la cabeza de aspiraciones. El solo no puede alcanzar los honores que le alucinan; pero tiene hijos, esos hijos que adiestra a los doce

o quince años en ganar sueldos a costa del presupuesto. Utilizará, pues, a sus hijos para satisfacer las ambiciones que le han brotado a su rastacuerismo de advenedizo. Sí; sus hijos forzarán su niñez para llegar lo antes posible al colegio y a la universidad, para hacerse doctores. El doctorado es la ejecutoria que orna la riqueza de José Hipólito y le permitirá entroncar con las preocupaciones nobiliarias que nos han dejado en herencia los aventureros, tan pobres como orgullosos, que conquistaron América.

6.

Por más que quiera decirse que no se puede deducir de la literatura una prueba concluyente de la insuficiencia de la familia como comunidad enseñante – expresión que, por lo demás, nadie sabría fundar de modo cumplido –, es imposible substraerse a la sugestión que emerge de los cuadros que el gran arte ha sorprendido en la realidad para no ligarla, en frío análisis, a los problemas docentes. Los seres que desfilan por estas páginas son seres de carne y hueso con los cuales nos codeamos a diario, en nuestro mundo inmediato, respiran el aire que todos respiramos, percibimos sus actos, los vemos agitarse a impulso de pasiones y apetitos humanos, y asistimos a toda hora a la comedia íntima en la que se mueven como actores y espectadores a un tiempo. ¿Cómo desentendernos de estas imágenes, de este acervo de experiencia, la experiencia en que se ahonda el conocimiento fenomenológico más reciente, cuando se trata de valorar docentemente las instituciones actuales ? ¿ Con qué otro caudal más rico podemos juzgar una institución que, como la del hogar, escapa, en muchos de sus aspectos, a la pura elucubración racional ? Pero si se quiere acudir a otros órdenes de actividades espirituales, fácil será demostrar que ellas, lejos de contradecir la investigación ensayada en las creaciones literarias, la confirman de un modo concluyente y definitivo.